

# Una casa para mi rostro

HERNANDO REYES ULLOA<sup>1</sup>

## A manera de introducción

Al mirar en retrospectiva nuestra historia, no la contada desde los lugares hegemónicos, la vivida en el día a día, encuentro en cada situación, acompañada del silencio, una historia vinculada al dolor, el desapego, el desarraigo y el despojo.

Algunas veces las historias cobran vida se narran en espacios reducidos, en textos especializados, a los que no pueden acceder la mayoría de la población, narraciones que pretenden recuperar la memoria, la historia que nos han arrebatado, para recuperarla tenemos que encontrar un lugar en el tiempo y el espacio para narrarnos y poder escribir nuestra propia historia, aquella de la que nos han alejado, aquella que han escrito otros para su provecho.

Nuestro país en particular tiene una historia escrita desde la tragedia, que de alguna manera sustenta la cultura hegemónica:

---

<sup>1</sup> Licenciado en Arte Dramático, Universidad del Valle; Magíster en Educación, Universidad San Buenaventura-Cali.

Hoy... se abren camino la torpeza y la insensatez en la actitud de las culturas hegemónicas hacia el resto del mundo. La arrogancia y la insensibilidad se alían a menudo de un modo eficaz en la tarea de desconocer y desdibujar la diversidad cultural del planeta (Ospina, 2001).

Es por ello que este escrito pretende ubicar el tema de la diversidad cultural en el espacio de la vida cotidiana, aquella en la que se construye la subjetividad, y en un territorio olvidado, deshabitado, nuestro cuerpo, tal como lo nombra Mejía:

El universo cotidiano y la institución educativa deberían romper ciertas fronteras rígidas y permitirse el encuentro, para desplegar sujetos más auténticos que logren desarrollar el intelecto y el cuerpo, el despliegue de la condición individual y colectiva como praxis política en un ambiente que los acuna (Mejía, 2013).

La posibilidad de tener «Una casa para cada rostro» desde la cotidianidad nos permitirá como

sujetos poder elegir, formar parte de comunidades y tradiciones dialógicas, donde se construye nuestra identidad en la interacción con los otros donde los individuos se descentran y van hacia el otro,... en una construcción con otros, dentro de ciertas tradiciones culturales, mundos significativos historia y memorias proyectos y esperanzas (Mejía, 2013).

## ¿Qué se puede ver en el parpadeo de un ojo?

*El parpadeo es constantemente una nueva imagen del mundo, o de la realidad.*

ROBERT WILSON

Luego de la II Guerra Mundial, y por supuesto en la Modernidad, emerge la idea de un patrón civilizatorio, que se propone la concreción de una cultura hegemónica de la mano del desarrollo y entra a formar parte de la agenda política y del imaginario social de las naciones.

Esta estrategia crea las condiciones para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época, industrialización, urbanización, educación y valores culturales, y allí se incluye la diversidad cultural, permeada por las políticas y las acciones asimiladoras, donde

[...] el otro es importante por cuanto es subsumido como lo mismo, es decir, desconocido pero asimilado, a través de manuales de urbanidad, gramáticas de la lengua, escuelas, cárceles, mapas, reglamentando la conducta de los actores sociales, estableciendo fronteras entre unos y otros transmitiendo la certeza de existir adentro o afuera de los límites definidos (Valencia, 2012).

Al hablar de diversidad, nos internamos en un universo de escritos, legislaciones, reflexiones, experiencias consignadas en literatura, estudios referentes a las políticas sobre este concepto. Uno de esos documentos es la declaración universal sobre la diversidad cultural, adoptada por la xxxi reunión de la Conferencia General de la UNESCO en París, el 2 de noviembre de 2001.

Confirmando su compromiso a la realización plena de los derechos humanos y de las libertades fundamentales proclamadas tanto en la Declaración Universal de Derechos Humanos como en otros instrumentos legales universalmente reconocidos, tales como los dos Pactos Internacionales de 1966, el uno relativo a los derechos civiles y políticos y el otro a los derechos económicos, sociales y culturales, en ese documento se «hace referencia a las disposiciones relativas a la diversidad cultural y al ejercicio de los derechos culturales que figuran en los instrumentos internacionales promulgados por la UNESCO».

Sumado a las reflexiones y conceptualizaciones acerca del tema de Políticas, culturales, derechos culturales, que derivan en acciones a mayor o menor escala en los diferentes países.

La intención pareciera generosa, además de cumplir con la inequidad de muchas comunidades lo que me lleva a coincidir con Consuelo del Pilar Cuevas, en su texto «Diversidad en los contextos escolares», cuando refiere:

Al colocar en el centro de la discusión el debate sobre diversidad, lo primero que el estudio definió es que, en efecto, no había una única interpretación [...] Concluimos sobre la importancia de aproximarnos a la diversidad desde los contextos políticos, sociales y culturales, así como a partir de las distintas prácticas y actores que la enuncian.

Son tantos los textos que desbordan nuestro pensamiento, y creo como Alfredo Molano cuando dice que entendió que el camino para comprender la vida, no eran los libros de sociología, ni los tratados de historia, ni estudiar a la gente, sino escucharla, y añadiría con-vivir, con-versar; co-crear, es por ello que este escrito pretende ubicar el tema de la diversidad cultural en el espacio de la vida cotidiana, aquella en la que se construye al subjetividad, y en un territorio olvidado, deshabitado, nuestro cuerpo, intentando comprender la pregunta que surge en este espacio, en el contexto de las líneas de investigación propuestas por el Instituto para la investigación educativa y el desarrollo pedagógico –IDEP– en el marco del Seminario-taller «Transformaciones y desafíos de la escuela actual»: subjetividades contemporáneas y nuevas ciudadanías, expresiones culturales, ocio y recreación, identidad y diversidad cultural escolar.

¿Cómo entender la configuración de nuevas subjetividades a partir de la realidad de la diversidad cultural en su amplio espectro? Pregunta que problematiza el día a día en los procesos de enseñanza aprendizaje, donde se ponen en juego nuestras creencias y anhelos, nuestras frustraciones y vínculos, nuestro origen e identidad, desarraigada, desgarrada, nuestra cultura, entendida como la define William Ospina:

Una cultura es una manera de estar en el mundo, de asumir el destino humano. Una cultura es algo que interroga la vida y la muerte, la enfermedad y la belleza..., la memoria y el misterio..., algo que no las interroga sólo desde el rigor de la razón, y desde el pragmatismo de las estadísticas, sino desde los múltiples lenguajes de la tradición, del afecto, de la solidaridad y de la imaginación (Ospina, 2001: 133).

Tarde o temprano comprenderemos que para vivir plenamente en el mundo, no basta pensar en ser productivo o eficiente, Algún día tendremos que volver a escribir con el cuerpo (William, 2012).

La vida cotidiana es el lugar en el encuentro con el otro, con su mirada, sus preguntas, su corporeidad y su humanidad, y allí las teorías no funcionan. Entonces aparece un abismo, lo que ha denominado acertadamente el maestro Olver Quijano como el precipicio de las teorías, y en ese instante sólo te salva tu humanidad, y ese es el lugar donde se juega la diversidad, como lo describe Bibiana Magaly Mejía.

La vida cotidiana es el escenario del «hacer», de las innumerables y heterogéneas prácticas a través de las que transcurre la vida de los sujetos, al tiempo que es el escenario y el tiempo en el que se originan sujetos, donde se produce subjetividad –modos de pensar, de hacer, de sentir que se construyen en determinado momento socio-histórico–. Una buena parte está anclada en la memoria, la tradición y las costumbres (Mejía, 2013).

En este lugar de lo cotidiano existe un territorio en el cual se da el encuentro y el desencuentro, el conflicto y la validación o aniquilamiento del otro. Ese territorio, ese espacio, es el cuerpo. El cuerpo sabio, ignorante e ignorado, que nos invita a sentir lo diferente, al otro, lo otro, que nos posibilita aprehender y olvidar, con ritmo, pasión, cadencia; ese cuerpo, esos cuerpos, olvidados por los documentos y las palabras, los archivos y la historia, la histeria, ese cuerpo ignorado en la vida cotidiana y, por supuesto, excluido del currículo, ese cuerpo que nos remonta a nuestro origen y saberes, a los placeres y el amor, a las habilidades, y que poco a poco ya no lee, no escribe, no es leído, no se habita, se apaga, se anula, se vende. Este cuerpo que podría convertirse en el mejor lugar y espacio para aprender, amar, soñar,...se encuentra anónimo, sin rostro y volátil, prisionero del mercado, alterado, modificado sin identidad, en la otra tecnología, la del desarrollo científico. Y allí no hay palabras, no hay currículo que puedan proponer el regresar a habitar el cuerpo, pues mucho se dice desde la palabra, más no se nombra la palabra desde las palabras del cuerpo, desde el silencio sabio del cuerpo, como lo nombra André Bretón: «Pensar el cuerpo es pensar el mundo». Premisa que se ignora en la cotidianidad en todos los espacios. Sin embargo, creo pertinente construir, elaborar o «disoñar», en el pluriverso de lo cotidiano,

acciones que contemplen el cuerpo, pues: «En un mundo precario, en un mundo líquido..., la única certidumbre que tenemos es nuestro cuerpo» (Bretón).

Es en la acciones de la vida cotidiana en las que se recrea el aquí y el ahora de la existencia humana, en las que se concreta el ser humano. El hecho cotidiano es singular, pero al volverse parte de la vida cotidiana se universaliza. Ese acto incluye la creación de sentido en la vida cotidiana, no sólo implica lo rutinario, lo obvio. También se juega lo diverso, el movimiento, el azar, la incertidumbre, conjuntamente con las costumbres, los hábitos, los ritos y las tradiciones (Mejía, 2013).

Ser nube, pájaro, sol, estrella, noche, viento, hoja, fruto, árbol, mar, pez, roca, me permite preguntar acerca del mundo aprendido en la risa, el sueño, el beso, el llanto, la tristeza.

Levantarse con la urgencia de entender el mundo e ir rápidamente a la vida. El primer encuentro, el rostro, pliegues, texturas, marcas, límites, historia, historias, incertidumbres, urdimbres, preguntas, certezas.

¿Por dónde comenzar? La historia del universo, el pluriverso, está allí en esa simple acción de observar-me, de preguntar-me, en el contacto conmigo mismo, y con mi humanidad, con la humanidad. Mi cuerpo bio-físico químico, mi cuerpo idea, mi cuerpo luz, mi cuerpo camino, camino para «reinventarme» a mí mismo, como ha sucedido con la humanidad. Como dice el poema del maestro Enrique Buenaventura: «Tenemos que construir algo que no sea una casa, sino a nosotros mismos, donde seamos para nosotros, lo que somos para los demás».

Si «mi biografía, es mi cuerpo», según dice el profesor Dairo Sánchez, la historia del universo se encuentra allí en esa narración. Si mi pregunta acerca del mundo se incorpora, se entroniza, se inserta y se realiza en mi cuerpo es porque hay otros cuerpos, otras miradas, otras voces, otras preguntas que deben ser contadas, cantadas, dibujadas, escritas, gritadas. Miradas, gestos cargados de intenciones, lugares y motivos evidenciando siempre un sentido. Escribir con el cuerpo a través del cuerpo, con los otros cuerpos, con los arte-factos, en el espacio y el tiempo, como «aquellos que no habitan países o continentes, sino que habitan su cuerpo, ellos

los viajeros de la velocidad y del espacio», citando a Eugenio Barba, «narrando a diario, indagando a diario, descifrando, haciendo la pesquisa, para contar desde esos cuerpos que son mi cuerpo la historia, para poder salir luego de levantarme a viajar por el mundo».

El cuerpo forma parte de mi mundo, o como dice Merleau Ponty, es «el centinela que asiste silenciosamente a mis palabras y mis actos». Allí está la primera pista, que se conecta con mi comprensión del mundo.

Conocemos el mundo desde el cuerpo. Las experiencias más significativas han tenido lugar allí. El conocimiento de mí mismo, del otro, de los otros, de la realidad y la ficción, han estado mediados por el cuerpo.

¿Dónde encontrar nuestra identidad dentro de esa gran cantidad de máscaras, trajes? No será más bien que no hemos entendido nada, que estamos intentando en vano construir textos que encubren lo bello y lo ético, las verdades, pero llenos de impurezas. ¿Cómo volver importantes estos escritos, que no sean una página, una trampa, una respuesta, o al contrario, que sean siempre un interrogante, un nuevo signo de interrogación, para decididamente vivir en permanente estado de alerta ante el mundo y en verdad descubrir quiénes somos?

El lugar puede ser ese espacio de los viajeros del tiempo, el cuerpo, ese territorio abandonado, olvidado, censurado, maltratado, manipulado, que puede ser capaz de erguirse y afrontar a diario todos los vejámenes, esperando su oportunidad, no desde la veleidad y la farsa, desde la negación del mismo cuerpo. No. Un lugar real, es o será ese cuerpo habitado por el sujeto, no sujetado por los objetos, por el consumo. Un cuerpo que está presente, habitando el universo.

Pero ese proceso –el aprendizaje a través de los sentidos, de la emoción, de la piel y los pliegues, de repliegues y despliegues, que nos enfrente a los desafíos del aprender, transformar, leer, alimentarnos de colores, aromas, de la sabiduría inherente a los cuerpos, de lo no dicho y lo no verbalizado, de lo simbólico y los metalenguajes–, es largo y complejo.

¿Cómo extraer e incorporar a la memoria corporal esos aprendizajes a través de textos, hipertextos, subtextos e imágenes que leemos y

nos vinculan con el saber, con el sabor del otro, con otras verdades y otras realidades y saberes, para luego preguntarnos: qué vamos a hacer con ello?

¿Dónde encontrar el lugar para depositar esos aprendizajes, para que florezcan? ¿A qué lugar llegaremos, luego de haber leído, leído, recitado y memorizado, contado, recordado y dudado, luego de haber hecho pasado y presente estos saberes en nuestro cuerpo, en nuestros cuerpos?

Y allí de nuevo, como en *Esperando a Godot*, ¿será que es necesario hacer preguntas, acerca de tantas cosas, si aún no tenemos respuestas para nuestra propia vida?

Una parte importante en la escuela es el espacio en el cual se entretengan saberes, se integran y adquieren sentidos para el estudiante. Este tiene que ver con la historia personal de cada sujeto, son sus referentes personales, con su práctica cotidiana y con la reflexión de su quehacer.

Lo anterior se diferencia de los modelos educativos tradicionales, que apuestan por la uniformidad como generadora de disciplina y consenso. Aquí se parte del reconocimiento de la diferencia, de comprender la riqueza que entraña el diálogo entre visiones opuestas. Se reconoce la diversidad y se promueve su expresión para poder construir democracia.

Se trata entonces de un mundo en el que, más que perspectivas uniformes, se abren puntos de vista divergentes, empezando por las historias narradas a partir de la diversidad expresada en la relación experiencia-cuerpo-lenguaje, que posibilita el contacto, el intercambio y el encuentro de saberes; esos puntos divergentes con los que cada quien está investido de acuerdo con su origen, es decir, con su entorno sociocultural. Saberes mediante los que nos sabemos poseedores de unas experticias cognitivas, afectivas, táctiles, que dan forma a nuestra corporalidad como parte de una colectividad en la que se reconoce. Y si nos hemos detenido en esta anotación es porque del relato –de la relación verbal y no verbal– deriva el reconocimiento intersubjetivo, con el que de algún modo, la comunicación podrá hacerse más viable. Trabajar desde la pluralidad es además de escuchar las múltiples voces, reconocer nuestra propia esencia diversa.



Colombia es por excelencia el país del otro. Y toda su desdicha ha consistido en la incapacidad de reconocerse en el otro porque el otro es siempre distinto: no es el hermano, ni el miembro de la etnia, ni el miembro de la tribu, ni el correligionario, ni el miembro de la misma clase social ni del mismo partido. Cada colombiano es “el otro”, lo distinto, lo que no se confunde conmigo (Ospina, W., 2006)

Ligado a lo anterior, se encuentra el reconocimiento del acto transformador como acto creativo. La creatividad es la capacidad de todo ser humano de construir su entorno. Por lo tanto, educar para la creatividad es aportar al desarrollo de la flexibilidad y la criticidad, de la autenticidad, la iniciativa y la confianza, aportar para el mejor aprovechamiento de los recursos. Educar para la creatividad retoma el planteamiento de enseñar la incertidumbre, de permitir la duda, de invitar a proyectarse, a considerar la utopía, lo que supone que quienes participan de un proceso educativo sean altamente participativos, reflexivos y críticos.

La importancia de pensar en la vida cotidiana reside en que es en ella en la que se constituyen las condiciones concretas de existencia y lugar, de los sujetos y las diversas vías de producción de subjetividades.

Sujeto complejo, *complexus*, lo que está tejido en su conjunto, en el que la vida se recrea: cada individuo es un cosmos, sujeto que se constituye desde su pertenencia a un pueblo, a una etnia, desde su pertenencia a una geografía, lo que marca la singularidad y la relatividad de los universos donde convivimos. Hábitat y *hábitus* integran su identidad (Mejía, 2013).

En un mundo precario, en un mundo líquido, como lo plantea Bauman, la única certidumbre que tenemos es nuestro cuerpo, y añadiría, la única certeza en el tiempo en el cual emergen las relaciones con el otro y lo otro en la vida cotidiana. Las relaciones afectivas, matrimoniales y laborales devienen muy débiles, precarias. No hay nada seguro en el mundo de la globalización y el neoliberalismo de hoy. La única cosa que dura para toda la vida es nuestro cuerpo. En un mundo en el que el otro se aleja, no queda otra cosa que la apariencia para existir. En un mundo en el que estamos menos unidos, finalmente, la última salida es a través de la mirada del otro, del encuentro con lo otro en el día a día que nos convoca la existencia para encontrar, finalmente, *una casa para mi rostro*.

